Lechugas y cebollas

Jorge Torres

Capítulo 1

Lechugas y cebollas

He tomado la decisión de plantar lechugas después de meditarlo durante una buena parte del año, meses enteros a decir verdad me ha rondado la recurrente idea en mi cabeza. Aunque me dé pena, aunque me produzca dolor el hecho de dejarlas ancladas a la tierra, cuando merecían la clemencia de una muerte digna, en ensalada, ungidas en aceite, aromatizadas por el suave perfume de las hierbas.

Lo voy a hacer por la noche, a las doce en punto ya estarán dormidas…O quizás cuando comience a escuchar sus primeros ronquidos, delatores de un sueño profundo, de esos sueños con que suelen soñar los vegetales, sueños de praderas y manantiales que se entrelazan en una amplia llanura.

Por la noche las levantaré soñadas, como quien alza a un bebe sin despertarlo y las plantaré en un cajón con tierra que guardo en mi armario, sin que sospechen mi abandono al dejarlas plantadas, ni mis motivos. Simplemente para que enraícen y crezcan allí dentro al resguardo del crudo invierno que se avecina convirtiendo al agua en agujas vítreas.

Con las cebollas seré más cruel, cabecitas angustiantes que esperan dichosas el momento de verme llorar a expensas de sus jugos. Las enterraré sin mayores remordimientos a pleno día, para que visualicen su entierro y lo padezcan, hundiré sus malignas cabecitas en el barro para que no hieran mis ojos impiadosos y se percaten de su brillo maligno, impoluto, sin mella de lágrima alguna que los sentencian a lo oscuro.

Ambas, cebollas y lechugas habitarán allí, dentro del armario en un cajón con tierra hasta que las lechugas enseñen con su gracia a hacer reír a las cebollas o bien hasta que las cebollas angustien con su esencia a las lechugas para hacerlas finalmente romper en copioso llanto, alertándome que ya el invierno ha pasado. Que la luz que se filtraba por la cerradura del ropero las mantuvo vivas, que la ventisca helada del invierno no ha quemado sus tallos y que estoy viva para escuchar esas risas y llantos a pesar de la crueldad del invierno, de mi crueldad y la crueldad del mundo

entero que insiste en señalarme, que nadie ríe ni llora dentro del olor rancio de mi tenebroso ropero, prolongando mi invierno eternamente.